

# ESTUDIOS MICHUACANOS VIII

Bárbara Skinfill Nogal  
Alberto Carrillo Cázares  
Coordinadores



EL COLEGIO DE MICHUACÁN  
INSTITUTO  
MICHUACANO DE CULTURA

**ESTUDIOS  
MICHOCANOS VIII**

**Bárbara Skinfill Nogal  
Alberto Carrillo Cázares  
Coordinadores**



**El Colegio de Michoacán**



**Instituto Michoacano de Cultura**

## ÍNDICE

Presentación <i>Bárbara Skinfill Nogal y Alberto Carrillo Cázares</i>	9
TRADICIONES MUSICALES	23
Macario Romero: Notas, acompañamiento y corrido (1852-1878) <i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	25
De la glosa a' la valona <i>Raúl Eduardo González</i>	49
TRADICIONES INDÍGENAS	65
¿Cómo ser Uandari? <i>Agustín Jacinto Zavala</i>	67
Erhamarhandikua y Ch'urhingua en la obra literaria de Máximo Lathrop <i>Pedro Márquez Joaquín</i>	85
Una historia singular <i>Moisés Franco Mendoza</i>	107

HISTORIA	125
Los presagios de la conquista como forma de conciencia histórica <i>G. Miguel Pastrana Flores</i>	127
Fragmento de la Doctrina Cristiana de Fray Maturino Gilberti <i>J. Benedict Warren</i>	143
Michoacán reivindica su jurisdicción sobre el Río Verde. La información dada por el guardián de Sichú fray Francisco Martínez de Jesús en 1597. Documento inédito <i>Alberto Carrillo Cázares</i>	159
“Yo y mi hija gozamos de distinción en nuestra clase...” La oposición de los padres al matrimonio de sus hijos en Valladolid (1779-1804) <i>María Isabel Marín Tello</i>	201
La relación de las cajas de comunidad de los pueblos indígenas michoacanos con la Real Hacienda entre 1779-1810 <i>Marta Terán</i>	221
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA	255
Palabras nuevas para conceptos nuevos. Un asomo a la neología en la lengua de Michoacán <i>Frida Villavicencio</i>	257
Alfonso Méndez Plancarte, artífice del humanismo mexicano <i>Herón Pérez Martínez</i>	291

## ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, ARTÍFICE DEL HUMANISMO MEXICANO

Herón Pérez Martínez\*

### EVOCACIÓN

Evocamos aquí una de las figuras más grandes, importantes e ilustres con que, Zamora, esa tierra tan fértil para todo, ha contribuido a la cultura mundial: la figura, sí, del ilustre sabio, del humanista insigne, del doctor, del padre Alfonso Méndez Plancarte. Maestro, traductor, poeta, latinista, creativo estudioso y promotor de la literatura novohispana, férreo polemista, riguroso crítico literario, exhumador de poetas, al doctor Alfonso Méndez Plancarte se le conoce, alaba y agradece, en todo el mundo, como el competente y erudito editor de las *Obras completas* de Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa más grande que ha dado este país.

Todo ello pergeña apenas el perfil del inmenso humanista zamorano cuya figura no puede ir separada de la de su hermano el también doctor, también humanista, también zamorano, también clérigo, Gabriel Méndez Plancarte, su triple hermano, como gustaba llamarlo.<sup>1</sup> Esta pareja de investigadores del humanismo mexica-

\* Centro de Estudios de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán.

1. Son varios los textos en los que Alfonso Méndez Plancarte se refiere a su hermano Gabriel como su triple hermano. Por ejemplo, en la inscripción latina con que, a la muerte de Gabriel, Alfonso, ya director de *Ábside*, dedica a su hermano el número XIV 1-2 "la memoria del artífice". Lo hace también como dedicatoria a su traducción a *XL odas selectas* de Horacio, que había aparecido en 1946 y cuya segunda edición, reimpresión de la primera, aparecería en 1985, como número 11 de la *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana*. La triple hermandad reconocida es *sanguine, sacerdotio, studiis*.

no se dio a la tarea, titánica por lo ardua, de rescatar los momentos estelares de la literatura y el humanismo novohispanos, a la par que impulsar las letras mexicanas de su tiempo bajo el postulado, como diría el también humanista Antonio Gómez Robledo, la obra de rescate de la poesía novohispana que empeñó a los Méndez Plancarte responde “al mismo designio de revivir lo patrio y lo universal en la más entrañable comunión recíproca”.<sup>2</sup>

Una de las últimas imágenes que evoca el poeta regiomontano Alfonso Junco, colega de tantas empresas, es tanto la del estudioso que “clavado todo el día en su humilde escritorio, curvó su espalda, blanqueó su cabeza y envejeció su aspecto prematuramente, a pesar de su firme complexión”; como la del trabajador encarnizado que aunque “exprimía el tiempo” nunca fue su esclavo, que “dominó el trabajo y su inercia” pero que nunca lo escatimó para dárselo a los demás.<sup>3</sup> Y el tiempo, el poco tiempo que le fue concedido de vida, le rindió: dejó al morir una abundante producción, entre ella, amén de sus ensayos, semblanzas, creaciones poéticas en español y en latín, proyectos de una teoría de la métrica española, estudios definitivos sobre Sor Juana Inés de la Cruz, Amado Nervo, Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón y, desde luego, sobre la poesía y los poetas novohispanos de los siglos XVI, XVII y XVIII. La figura, en todo caso, que del sabio zamorano prevaleció impresa en la memoria de sus amigos y colaboradores fue la de un trabajador encarnizado, un investigador riguroso, un gambusino incansable buscador de pepitas en el acervo de nuestras letras que fue, sin embargo, generoso con su tiempo cuando se trataba de darlo a sus contemporáneos.

2. Antonio Gómez Robledo, “Los dos hermanos”, en *Ábside* XIX, 2, abril-junio de 1955, página 190. Citado también por Henoc Valencia Morales, *Alfonso Méndez Plancarte. Investigación, crítica, y creación literarias*, tesis de licenciatura presentada en la UNAM, México, 1988, p. 3.
3. Henoc Valencia, *Op. Cit.*, pp. 4 y ss. recoge varios testimonios sobre la figura evocada por sus colegas y amigos en *Ábside* XIX, 2, arriba citado, que la revista dedicó a su memoria tras su muerte.

## AL FILO DE LA TIERRA

Nace un 2 de septiembre de 1909 en Zamora, Michoacán, en el seno de una familia que ya había dado botones de muestra de su vocación a alimentar la cultura mexicana. Para la cultura zamorajaconense, baste decir que Alfonso Méndez Plancarte fue una rama insigne del mismo árbol en que diera frutos, unos años antes, Antonio Plancarte Labastida, el párroco de Jacona por antonomasia y su hado cultural de siempre. Fueron sus padres el Lic. don Perfecto Méndez Padilla y doña María Plancarte Igartúa.

Alfonso Méndez Plancarte hizo sus primeros estudios en el Colegio Francés de Puente de Alvarado, en la ciudad de México, a cuyo seminario ingresaría más tarde. Del Seminario Conciliar de México pasó a este seminario de Zamora para luego ser enviado a terminar sus estudios a Roma, "la ciudad eterna". Alfonso Méndez Plancarte ingresará, en efecto, como alumno del Colegio Pío Latinoamericano<sup>4</sup> de Roma para estudiar en la Pontificia Universidad Gregoriana. Era el Colegio Piolatino Americano una especie de internado organizado a la manera de los colegios de ese tipo salidos del Concilio de Trento. El Piolatino, como se le conoce familiarmente, había sido fundado en 1858 por el papa Pío IX para que los jóvenes de América Latina completaran su formación, iniciada en su país natal, con estudios de filosofía y teología llevados a cabo, generalmente, en la noble Universidad Gregoriana. Con sus 17 alumnos fundadores y el prelado chileno, Ignacio Víctor Eyzaguirre, como primer rector mientras llegaban los jesuitas que se harían cargo de su dirección, el Piolatino fue inaugurado el 21 de noviembre de 1858. Este Colegio irradiaría desde allí no sólo el espíritu romano sino que sería el núcleo de un latinoamericanismo que en adelante no se perdería. De él, del Colegio Piolatino, salie-

4. La trayectoria del Colegio Piolatino fue trazada por el jesuita Luis Medina Ascencio en su libro *Historia del Colegio Pío Latino Americano. (Roma: 1858-1978)*, México, Editorial Jus, 1979.

ron, desde entonces, no sólo la gran mayoría de los obispos de América Latina, sino los más preclaros e importantes promotores de la cultura latinoamericana.

Era el Colegio Piolatino, como decía, una especie de internado cuyos inquilinos estudiaban todos ellos en la Universidad Gregoriana sea filosofía o teología, sea, más tarde, algunas otras especialidades como sociología, derecho o historia. El Colegio, sin embargo, contaba con una excelente biblioteca dotada de un magnífico acervo de libros no sólo de las disciplinas que los piolatinos estudiaban, sino de los más diferentes temas de la cultura latinoamericana. Sin embargo, era un internado muy peculiar cuyo objetivo era forjar mentes sabias. Todas las mañanas sus habitantes recorrían las calles de Roma para asistir a las clases que impartían, en la Universidad Gregoriana, doctísimos profesores seleccionados entre lo mejor del mundo. Era peculiar el Piolatino porque entre el personal administrativo del Colegio había, además de su prefecto de estudios, eminentes profesores con el cargo de “repetidores” que tenían la tarea de repetir algunas de las lecciones impartidas en la Gregoriana, esa célebre universidad que fundada en 1551 era el hogar donde un muy selecto grupo de inteligentísimos jóvenes, el futuro clero del mundo, se forjaba no sólo en la ciencia sino en la romanidad como dice su himno:

O Roma nostris cordibus  
versaberis dulcissima:  
erisque semper omnium  
parens, magistra, patria!

¡Oh Roma, en nuestros corazones,  
te derramarás, dulcísima,  
y siempre serás de todos  
madre, maestra y patria!

Ciencia y romanidad era lo que, en efecto, paseó orgullosamente por el mundo y por la historia durante siglos la juventud salida de las viejas aulas de la Universidad Gregoriana. Humanista por voca-



ción, Alfonso Méndez Plancarte encontrará en la Roma y en la romanidad de la Universidad Gregoriana la rica fuente de una cultura que desde entonces hizo suya para siempre: allí forjó su pluma en la cultura clásica latina que deslizaría elegante, años más tarde, por las páginas entre las más brillantes que se han escrito en el libro de la cultura mexicana.

Romanidad y latinoamericanismo, ciencia y cultura, universalidad, espíritu cosmopolita, fue lo que Alfonso Méndez Plancarte trajo en sus alforjas de la Universidad Gregoriana y del Píolatio. En efecto, el Píolatio de los Méndez Plancarte, pues allí estudiaría también Gabriel Méndez Plancarte, tenía también su himno que da cuenta del espíritu latinoamericanista y romano que allí soplaba y que, en el marco estructural de una plegaria, se dirigía en tono parenético a los

Tiernos hijos de América hermosa  
que alma abriga la eterna ciudad...

Compuesto por el gran poeta guanajuatense, el obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón, Ipandro Acaico, el himno iría siendo substituido, con el pasar del tiempo, en el ánimo de los piolatinos por la célebre canción de Renato Rascel "*arrivederci, Roma*" que canta la nostalgia del turista a punto de abandonar Roma mientras recuerda el encanto de la Fontana di Trevi con su leyenda romana de que el destino hará retornar a quien arroje una moneda en la fuente; como canta los rincones romanos, los enamorados, los paseos en carroza, las pastas y el vino de los "*castelli romani*". La cara nostálgica de una romanidad forjada entre museos, libros, catacumbas, iglesias llenas de arte, conferencias, callejones con alguna librería que te sale al encuentro en alguna esquina, viejos monumentos que te dan clases de historia, el Trastevere, el Panteón que Stendhal catalogaría como "el resto más bello de la antigüedad romana",<sup>5</sup> los foros imperiales. En todo caso, para Alfonso

5. *Paseos por Roma*, tomo I, Barcelona, Ediciones Serbal, 1987, p. 156.

Méndez Plancarte, la vivencia de la cultura romana significó la convivencia con el clasicismo y el aprendizaje *in situ* de la universalidad humanística.

Entre las costumbres adquiridas en el Piolatino por Alfonso Méndez Plancarte sobresale, desde luego, la muy argentina costumbre de la ceremonia del mate, ese té paraguayo importado por los argentinos, los de Buenos Aires sobre todo, para animar sus reuniones y discutir sobre los más diversos temas: se trataba de una hierba que preparada a modo de té, mezclándola con agua caliente en una especie de guaje o cavidad como de una pipa grande, se absorbía mediante una cánula o tubo —de plata en las tertulias de Octaviano Valdés— pasando de mano en mano. Ya acá, como veremos, Alfonso Méndez Plancarte inaugurará las célebres “tertulias del mate” que se convertirán pronto en uno de los muchos nidos en que se crió la literatura mexicana de hoy.<sup>6</sup>

Alfonso Méndez Plancarte obtuvo, a los 18 años de edad, su grado de doctor en Filosofía por la Universidad Gregoriana, el año de 1927, con la máxima calificación: *summa cum laude*. Con la misma calificación, obtiene en 1931 su doctorado en teología por la Pontificia Universidad Mexicana. El 14 de febrero de 1932 se ordenó Sacerdote. Entre los años 1931 y 1933, fue profesor de literatura, lengua latina, filosofía y teología primero en el Seminario Conciliar de México y, de 1933 a 1938, en el Seminario Conciliar de Zamora. Fue por 1937 cuando empezó a aquejarle una afección en las cuerdas bucales, enfermedad extraña que le hizo perder el habla normal, lo bajó del púlpito alejándolo de todo ministerio de la voz, su cátedra incluida, lo encerró en el inmenso claustro de los libros, y lo ató a una pluma: en adelante, por el resto de sus días, desempeñaría su ministerio de la palabra por medio de la pluma.

Los que fueron sus alumnos lo recuerdan como un catedrático excepcional tanto por el dominio de las materias que enseñaba,

6. Véase Octaviano Valdés *et al.*, *Dominicas del Mate*, México, Ediciones Las Hojas del Mate, 1975.

como por la agilidad de palabra de que estaba dotado, por su carisma de maestro y por su curiosidad de investigador de altos vuelos y por su rigor. Cuando pierde la facultad del habla normal, cuenta Alfonso Junco en la semblanza mendezplancartiana, publicada primero en *Ábside*<sup>7</sup> y luego por Alberto G. Salceda en el cuarto tomo de las *Obras completas* de Sor Juana,

dejó entonces su querida Zamora y recluyóse en la metrópoli, en la casona familiar de la Colonia Santa María, donde vivió hasta el fin. Tuvo que refugiarse en la muda elocuencia de los libros: noble y dilectísimo refugio, al que vorazmente se entregó. Por providencial compensación, pudo así —naturalmente exento de otros deberes— aferrarse a su vocación literaria y realizar proezas increíbles en la investigación y en la crítica.<sup>8</sup>

Se le designó Académico de número de la Academia Mexicana de la lengua correspondiente de la real Española a la que ingresó el 26 de enero de 1954 con un estudio sobre Salvador Díaz Mirón, otro de los rescates mendezplancartianos. Concurrió con su hermano Gabriel Méndez Plancarte en la fundación de la *Revista de Cultura Mexicana Ábside* de la que, por lo demás, será siempre un asiduo colaborador y de cuya dirección se haría cargo a la también temprana muerte de su hermano Gabriel acaecida en 1949. Durante su gestión como director, Alfonso Méndez Plancarte sostuvo viva la revista, en un honroso primer plano internacional, hasta aquel infausto 8 de febrero de 1955 en que muere dejando formado el primer número de ese año. Tenía, al morir, apenas cuarenta y cinco años, aunque aparentaba más. *Ábside*, revista fundamental en la historia del humanismo mexicano y sobre cuya fundación hablaremos más adelante, aparece en enero de 1937 bajo la dirección de Gabriel Méndez Plancarte: los cinco primeros años es una revista mensual y a partir de 1942 se convirtió en publicación trimestral.

7. "El árbol y el fruto", en *Ábside* XIX, 2, abril-junio de 1955, pp. 135 ss.

8. *Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo IV, p. VIII.

Al morir Gabriel en 1949, fue dirigida por Alfonso de 1950 a 1955; a la muerte de éste, le sucede en la dirección Alfonso Junco hasta su muerte en 1974. De 1975 hasta su desaparición en 1979, *Ábside* tiene aún otros dos directores: Rubén Marín y Eduardo Enrique Ríos. Fue una de las revistas más longevas de la historia literaria mexicana: cuarenta y tres años.

Fue Alfonso Méndez Plancarte un lector incansable por vocación y por necesidad. Fue amigo de los libros: le gustaba no sólo leerlos sino hacerlos. Fue uno de los más importantes editores de México que no sin razón fue llamado el “príncipe en obras completas”. Fiel a esa vocación al libro, a la palabra y a la sabiduría, Alfonso Méndez Plancarte, el hombre, fue transcurriendo, dando con generosidad, el poco tiempo que le tocó de vida para tamaña empresa. Era, sí, un tragalibros como lo había sido aquel otro sorjuanista, el del siglo XVII, el jesuita director espiritual de la monja-poetisa, Antonio Núñez de Miranda. Alfonso Junco diría del sabio zamorano:

Lector tan estupendo en la afición como en el aguante, era no sé si el único que se tragaba enteros aquellos poemones antiguos que arrastran por desiertos kilométricos sus furgones de octavas reales. De nada hablaba sin haberlo leído cabal, y su sueño —en buena parte cumplido— era no juzgar a un autor sin haberse nutrido con su obra completa. Capacidad de excepción, física y mental, para la lectura: nunca necesitó anteojos, y captaba al instante bellezas y gazapos, por menudos que fuesen. Y todavía, para descansar de revesados manuscritos y sesudos latines y gongorismos absconditos, buscaba solaz en lo que menos podría imaginarse: en las novelas policíacas de que era sorprendente conocedor y gustador.

Porque nunca fue hurraño sino alegre, nunca enconchado sino comunicativo. Ni siquiera la prueba desconcertante de su afonía le creó complejos: y, vencidos los trágicos principios, lanzóse con humilde valentía a la plática en la intimidad y entre amigos —y más tarde aun en público mayor—: y nunca perdió la gracia y el ímpetu de su charla, tan nutrida de saber como de agrado.<sup>9</sup>

9. *Ibid.*, pp. VIII y ss.

## LAS TERTULIAS DEL MATE

Adquirida en el Piolatino, como decía, esa costumbre fue trasladada a México por varios ex-piolatinos, entre ellos nuestro Alfonso Méndez Plancarte, y sirvió de nido a la apenas en ciernes cultura mexicana del siglo XX. Fue célebre, por ejemplo, una tertulia cultural que durante muchos años congregó en México a los intelectuales mexicanos más importantes en la casa del humanista, también ex-piolatino, don Octaviano Valdés. Esta tertulia cultural contaba entre sus fundadores a nuestro Alfonso Méndez Plancarte quien en su libro *Domínicas del mate* nos cuenta:

el año de 1932, sin programa ni propósito preconcebido, se inició la tertulia del “mate” con el padre Alfonso Méndez Plancarte, Alfonso Gutiérrez Hermosillo y el suscrito, atraídos por la común pasión de la literatura. Los dos Alfonsos, tiempo hace, ya sombras en nuestro recuerdo. El primero, de difícil parangón por su extraordinaria sabiduría, fue terrible crítico, desfacedor de falsos prestigios, y a quien no se le ocultaba gazapo alguno por pequeño que fuese. Alfonso Gutiérrez Hermosillo, muerto dramáticamente en plena juventud, parecía vivir con el alma en constante éxtasis de poesía.

Poco después se unió Gabriel Méndez Plancarte, hermano de Alfonso. De paso comentaré que los dos Méndez Plancarte, don Ángel María Garibay y yo planeamos la revista *Ábside*, en Otumba, residencia a la sazón, año de 1936, de don Ángel. Mas fue Gabriel quien la dirigió y llevó su carga hasta su muerte temprana, a los cuarenta y tres años y a la misma edad que su hermano Alfonso. Mas el mérito principal de Gabriel, como director de la revista, fue su apertura de espíritu que supo dar cabida en esa su publicación a prestigiados escritores, de muy variadas ideologías, pero libres de fobias y coincidentes en el amor al ideal literario<sup>10</sup>

Todo ello sucedió en torno al mate. Así, pues, esta ceremonia cultural del mate aprendida en sus días de Roma en el Piolatino

10. *Op. Cit.*, pp. 7s.

serviría a Alfonso Méndez Plancarte, en sus días de México, para entablar contacto con lo más granado de la intelectualidad mexicana de su tiempo. Compilados en el ya mencionado libro *Domínicas del mate*, recojo aquí, a guisa de importantes muestras, un par de testimonios de otros tantos distinguidos intelectuales mexicanos. El jesuita Ignacio Gómez Robledo, profesor de la Universidad Gregoriana en la década de los sesenta, por ejemplo, cuenta en estos términos la presencia de don Alfonso en las tertulias del mate en casa de don Octaviano Valdés:

Otro potente luminar de aquellas reuniones fue el padre Alfonso [Méndez Plancarte], hermano de Gabriel. Su misión y su vida entera pueden compendiarse en el ministerio de la palabra como la definió quien fue sucesor suyo en el sillón de la Academia. Hombre eruditísimo a salvo de todo género de pedantería supo encarnar en su persona el más alto de todos los humanismos, el cristiano.<sup>11</sup>

A esas reuniones acudían, entre muchos otros, personalidades de la talla de don Ángel María Garibay, Agustín Yáñez, Alfonso Junco, Juan José Arreola, Emmanuel Carballo, Pablo González Casanova, Andrés Henestrosa, Sergio Méndez Arceo, Rafael Aguayo Spencer, Jaime García Terrés, Francisco Monterde, Alí Chumacero, José Luis Martínez además de los hermanos Gómez Robledo y, claro está, de los zamoranos hermanos Méndez Plancarte. Alfonso Junco recordaría, más tarde, cómo Alfonso era la sal y el número fuerte de esas reuniones:

Su buena fe de niño apasionado, dice, su voraz interés por ideas y opiniones –sobre todo literarias– frente de las suyas largamente maduradas y generalmente irreversibles, lo precipitaban sobre el tema que surgía. Y si alguien, taimado, soltaba alguna frase displicente sobre Góngora –digamos–, Alfonso sentía necesidad invencible de recogerla, por las dudas, y analizarla y refutarla hasta el agotamiento.<sup>12</sup>

11. *Op. Cit.*, p. 27.

12. *Op. Cit.*, p. IX.

Quizás la circunstancia de su enfermedad lo hizo ir forjando una de sus cualidades como el magnífico polemista que fue: cercar a su adversario de polémica, acorralarlo, hasta analizar con rigor el menor cabo suelto. Estas reuniones del mate, pues, fueron su ágora no sólo para la plática íntima entre amigos sino para sus encuentros que lo llevarían a desempeñar su ministerio en el vasto y en muchos aspectos naciente templo de la literatura mexicana. En todo caso, si Octaviano Valdés atribuye la supervivencia de esa tertulia “a la virtud social del mate, a su espontáneo gobierno de libertad sin formalismos. Pero sobre todo al espíritu de cortesía, y de franca y cordial amistad impuesto y fomentado por los mismos contertulios”, quizás sea en la tertulia del mate donde haya que buscar la universidad en que Alfonso Méndez Plancarte forjó sus mejores armas y sus virtudes del estupendo polemista que fue: en el contexto de una sordera y de una mudez prematuras, inoportunas e incipientes donde Alfonso Méndez Plancarte, los contertulios lo recuerdan cercando a su interlocutor y agobiarlo, hasta que no quedara pendiente ni una coma. Pero con ello entramos de lleno en una de sus más populares facetas: la de

#### EL POLEMISTA

Tal vez la imagen del crítico Alfonso Méndez Plancarte que más ha circulado entre nosotros es la del polemista implacable, feroz, “innecesariamente” severo y arrogante que ha hecho circular Octavio Paz en su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*<sup>13</sup> a propósito de la célebre y ya mencionada polémica mendezplancartiana con Abreu Gómez sobre la biblioteca y otras cuestiones relacionadas con Sor Juana.<sup>14</sup> Polémicas, igualmente célebres, en-

13. Octavio Paz en su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, tercera edición, FCE, 1983, pp. 324 y s.

14. Sobre los muchos adjetivos con que Paz califica el rigor de polemista que tenía Alfonso Méndez Plancarte, puede verse a Tarsicio Herrera Zapién, *Buena fe y humanismo en Sor Juana*, México, Porrúa, 1984.

tabló también con Bernardo Ortiz de Montellano, con ocasión de la publicación de su *Amado Nervo*, y con Genaro Fernández Mc Gregor, sobre el latín de Sor Juana. Algunos de los textos de Méndez Plancarte dirigidos a Abreu Gómez y Fernández Mc Gregor pasaría de las páginas de *El Universal* a la compilación que Octaviano Valdés hizo de ellas en su libro *Crítica de críticas*. El lector puede acudir a él o a las páginas de *El Universal*: la polémica con Ortiz de Montellano tuvo lugar entre el 13 de diciembre de 1943 y el 17 de enero del año siguiente.

A Genaro Fernández Mc Gregor, a la sazón rector de la UNAM, le dedicaría Méndez Plancarte tres lunes: del 19 de marzo al 2 de abril de 1945. La polémica arrancó de una afirmación suya en el sentido de que los poemas latinos de Sor Juana eran “algo más que deplorables”. La argumentación de Méndez Plancarte, poema por poema, pasa por los dieciséis poemas latinos escritos por la poetisa y concluye que si bien no son sublimes tampoco son “deplorables”:

Y ante esas diez y seis composiciones —en vez de las solas ocho, en total, a que las reducía el señor Fernández Mc Gregor—, —las hemos estudiado someramente, pero con algo menor premura, y traduciendo nuestras citas para facilitar a todos su goce y juicio—, confiamos en haber ilustrado nuestra opinión, de que —por su valor poético y artístico, y por su latín, ora “medieval”, ora clásico— nada tienen de deplorables.<sup>15</sup>

No es esta la ocasión de dar cuenta cabal del estilo de polemizar de Méndez Plancarte. Si lo quisiéramos describir de un rasgo diríamos que analizaba con sumo cuidado y erudición cada uno de los elementos contenidos en el problema: por lo general, terminaba acusando de ligereza a su interlocutor, o de ignorancia. Alfonso Junco que por y en la convivencia, la amistad y la literatura logró

15. En *Crítica de críticas*, p. 184.



mejor que nadie legarnos jirones de su espíritu nos recuerda que alguien lo llamó “el lector más temible de México”. Y ese crítico y lector riguroso apareció muchas veces, llamado por no importa qué, en la cátedra que montó en *El universal* y de la que hablaremos luego. Junco capta bien y hace llegar hasta nosotros, con lucidez, los porqués de esa intransigencia:

Y como en lo hablado, en lo escrito. Si se decidía a refutar, lo hacía a fondo, lo mismo en lo mayúsculo que en lo minúsculo. Cuajado de razones, urgido por su propia lealtad, acorralaba, inexorable, a su “víctima”, sin perdonar punto ni coma. Pero su rigor era sólo intelectual, sin un adarme nunca de hiel en el corazón. Y así acabaron en amigos suyos, cuando lo conocieron, los que antes de lejos probaron el bronco filo de su prosa.<sup>16</sup>

En Alfonso Méndez Plancarte, sin embargo, el polemista contrasta fuertemente, a decir de quienes convivieron con él, con el personaje de la vida real. La energía, tenacidad y temperamento rudo del polemista, de que dejó sobrada constancia se diluía luego para dar paso al hombre bueno de la vida real, el habitual intelectual bonachón cuyas dos facetas parecían atenerse al dicho de que lo cortés no quita lo valiente. Una cortesía que provenía de la virtud, de la disciplina misma y de su alma religiosa. Esa imagen que trasmite Junco de un Méndez Plancarte que logra, por efectos de su propia virtud, domeñar su carácter vivo hasta metamorfosearse en el bonachón de un sangre de horchata que es capaz, en la vida diaria, de convivir jovialmente con los niños nos permite apreciar hasta dónde vivió en carne la *coincidentia oppositorum* que encontraría plasmada en las muchas manifestaciones barrocas de nuestra cultura que tan magistralmente estudió.

Alfonso Méndez Plancarte fue un sabio comprometido con el momento cultural mexicano que le tocó vivir. Se inserta en la vida cultural del México de los cuarenta con su extenso bagaje cultural

16. *Op. Cit.*, p. IX.

como una especie de conciencia de la cultura mexicana que por entonces configuraba sus identidades. Allí se manifiesta el polemista con todos sus matices. Prueba de ello son las vibrantes polémicas en que se vio implicado, los concursos en los que participó y cuyos dictámenes impugnó, las obras de gran alcance que emprendió. Su vocación de polemista empalma bien con su vocación de padre promotor del humanismo mexicano. Si bien, como ya hemos pergeñado al principio, la de Alfonso Méndez es una figura conformada por tantas facetas que es imposible dar cuenta de todas ellas en el pequeño espacio de este ensayo, hay una de ellas que por muchos motivos es obligado enfatizar: la faceta que nos sirve de título: la del humanista.

#### EL HUMANISTA

Se suele definir al humanista, por una parte, no sólo a la persona versada en el conocimiento de las lenguas y las literaturas antiguas, las grecolatinas especialmente, convertidas por ello en letras clásicas, fuente de un espíritu inquieto; sino al individuo que profesa el humanismo y que, por ende, se interesa por lo humano, sus intereses y sus valores, según aquel ya célebre dicho de Terencio *homo sum et humani nihil a me alienum puto*.<sup>17</sup> Sería, ya se sabe, el poeta italiano Ludovico Ariosto (1474-1533) quien acuñaría el vocablo “humanista” para designar al nuevo de tipo intelectual formado en la lectura de los clásicos.

La fuente, en todo caso, del espíritu humanista se remonta, como se sabe, al renacimiento, ese movimiento intelectual que se expande sobre todo en la Europa del siglo XVI y que está marcado por el regreso a las fuentes grecolatinas, que ve florecer el cultivo ya de lenguas y literaturas como la latina y la griega; ya de otras que, como la hebrea, permiten el acceso directo a los textos

17. *Heautontimorúmenos*, 77.

fundantes de la cultura occidental. La filosofía humanista cree en la dignidad y en la palabra de los seres humanos, en su capacidad de autorrealización a través de la razón. Quizás el modelo de una institución fundada según el espíritu humanista sea la Universidad de Alcalá de Henares, la universidad del cardenal Cisneros.

Esa es la fuente de la que han bebido la serie de movimientos culturales a los que se han llamado también humanismos, entre ellos el llamado humanismo cristiano y, desde luego, el humanismo social en muchas partes floreciente. Hoy se llama humanista al amante de la libertad, la armonía y la cultura. Alfonso Méndez Plancarte fue, en todos estos sentidos, un humanista cristiano que fincaba en la erudición el rigor de sus análisis en una vocación a la verdad y en deber que le imponía la cultura. Asumió, en efecto, como suyo el ideal humanístico que proclama que “la cultura es para un pueblo lo que la tierra para la mies”, con la convicción<sup>18</sup> de que la cultura es un fruto que sólo se cosecha si se siembra y se cultiva la simiente; y de que ello sólo puede hacerse en el cálido seno de la tradición bajo el axioma, por tanto, no hay auténtica cultura sin tradición.

Méndez Plancarte está convencido de que sólo es humanismo el que hincando sus raíces en la tradición tiene la vista puesta en los progresos de la civilización de que, por tanto, “la cultura, una vez adquirida, es dinámica; está hecha de virtualidades”.<sup>19</sup> Ese fue, en efecto, el núcleo de su labor humanística: encontrar los senderos que había trazado nuestra tradición literaria. El estilo humanista se caracteriza por un amor a la cultura concebida, ya como un sistema de atmósferas concéntricas, ya como una tarea que consiste en ejercitar las facultades espirituales a fin de que estén en posibilidad de producir los frutos más abundantes al alcance de sus posibilidades: el estilo humanista siempre tiende a lo mejor. Un espíritu humanista es, por ello, alguien que nunca se conforma: es un espí-

18. F. Charmot, *Op. Cit.*, p. 84.

19. *Ibid.*, p. 86.

ritu esforzado que busca siempre los frutos más altos. El estilo humanista tiene una innata vocación al magisterio.

Todo eso configura y explica la obra de Alfonso Méndez en la construcción de la cultura mexicana. El sabio zamorano se distinguió, en efecto, por profesar una innata vocación a la cultura, al libro y tuvo, en general, el placer del texto. Todo ello le permitió legar a la cultura mexicana una preciosa y vasta obra que, por desgracia, aún no ha encontrado un editor. Al preguntarse Alfonso Junco “¿qué jugo le sacó Alfonso Méndez Plancarte a su tiempo?”, responde deshojando apenas algunos de los pétalos de la bella flor que fue su obra.

La obra que deja es vasta, dice el mismo Junco, opulenta en hallazgos, nunca repetidora de lugares comunes, siempre concienzuda hasta el escrúpulo. Nada de improvisaciones. Nada de hablar de lo que se sabe a medias o de vagas oídas, peste generalizada en nuestro mundo literario. El, con la severidad de su ejemplo y de su crítica, contribuyó a atenuar esta epidemia y a suscitar más cuidado y responsabilidad en las gentes de pluma. El lector más temible de Méjico le llamó alguien, saludablemente alarmado. Alfonso fue ante todo humanista. Su conocimiento radical del latín y de las letras clásicas robusteció sus cimientos y amplió sus horizontes.<sup>20</sup>

Tanto el más de un centenar de títulos que conforman su obra, como el rigor con que llevó a cabo sus empresas, y la elegancia y versatilidad de su escritura le otorgan el honroso título de humanista.<sup>21</sup> Si la cultura mexicana pudo incrementarse y llegar hasta territorios antes vedados fue gracias a la vocación que por las letras nuestras vivió Alfonso Méndez Plancarte no obstante su universalismo romanista, sus horizontes latinoamericanistas y, desde luego, gracias a su humanismo de sólida raigambre. Latino sí;

20. *O. C. de Sor Juana*, tomo IV, p. IX.

21. En la obra humanística de Méndez Plancarte no se cuentan la totalidad de los 28 artículos publicados en la revista *Tepeyac*, ni todos los 89 de *Ábside*, ni, desde luego, los alrededor de quinientos cincuenta de *El Universal*.

latinoamericano también, muy latinoamericano; pero sobre todo humanista en el sentido de vivir alerta a las llamadas fundamentales del ser humano. A fuer de humanista, Alfonso se mostró como un hombre profundamente comprometido con la cultura mexicana y, sobre todo, con la cultura de aquí, de su tierra. Excelente conocedor del latín y de las letras clásicas, bebió de las aguas y calmó su sed, como hemos dicho, en los caudalosos ríos de la cultura romana donde, cual noble castillo de rancia estirpe, robusteció sus cimientos y cual navegante amplió sus horizontes. Ello dio como resultado el fino y elegante que fue Alfonso Méndez Plancarte. De ello dan testimonio no sólo sus inscripciones latinas y sus textos horacianos, sino su aún no superada labor de exégeta y hermeneuta de la Décima Musa de México, Sor Juana Inés de la Cruz, su Sor Juana. Esta vasta cultura clásica le permitió, además, como dice Junco,

saborear a su dilecto Horacio y traducir *Cuarenta Odas* suyas por una vía angosta y ardua: verterlas en igual número de versos y en estrofas y metros similares. Duro y triunfal esfuerzo de concisión para emparejar el castellano con el latín, y más todavía, con el elíptico y preñado latín de Horacio. El resultado —sorprendente en su línea— puede a ratos no convencer en el orden poético: hay chirridos y extrañezas. Pero Alfonso que no pretendía con su versión haber abierto el camino, sino un camino: pensaba que los contemporáneos del lírico romano hallarían también en sus versos originales aquellas extrañezas y chirridos; algo semejante a lo que aconteció, siglos después, con otro gran innovador predilecto de Alfonso: don Luis de Góngora, en quien advertía y subrayaba paralelismos con Horacio.<sup>22</sup>

En efecto, el volumen once de la *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana* de la UNAM, *Odas de Horacio*, que apareció publicado en 1946 debía a Alfonso Méndez Plancarte el estudio, la versión rítmica y las notas. Hay en esta traducción una

22. *O.C. de Sor Juana*, tomo IV, p. IX.

original propuesta de Alfonso Méndez Plancarte sobre la manera de traducir a verso español la poesía clásica. La propuesta, de hecho, incluye dos aspectos: por un lado, su versión busca “reflejar a Horacio con un apego más fiel –y, si se quiere, más servil– a sus palabras y sus formas, e insistiendo encarnizadamente en la plástica concisión de su frase y en el aire rítmico de sus estrofas”.<sup>23</sup> Por otro lado el tipo de verso: en el “estudio” que introduce esa obra, Alfonso Méndez Plancarte, explora tres formas de traducir versos clásicos al español. Se queda con el tercero de ellos, el de Carduci, ya bosquejado, por lo demás, por Pinciano en el siglo XVI. Su traducción, pues, “se propone reflejar los metros latinos en su tradicional pronunciación... copiando únicamente lo que en ellos sueña a nuestros oídos y funda para nosotros su armonía” sólo el número de sus sílabas y el sitio de sus acentos y pausas”.<sup>24</sup> Como dice Roberto Heredia, en su carácter de traductor, Alfonso Méndez Plancarte

fija y funda el sistema rítmico silábico-acental de sus traducciones horacianas. “Mis versiones, dice, ambicionan reflejar a Horacio con un apego más fiel –y si se quiere más servil–, a sus palabras y formas insistiendo encarnizadamente en la plástica concisión de su frase y en el aire rítmico de sus estrofas”.<sup>25</sup>

Ello sentaría las bases de una métrica latinizante que él no pudo ver realizada pero cuyas bases traza en las notas al final de esta obra.<sup>26</sup> Tarsicio Herrera Zapién lo intentará, como veremos más adelante. Pero esta traducción sentará también las bases de un esti-

23. *XL Odas*, p. 13.

24. *Op. Cit.*, p. 17.

25. *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana. Catálogo*, México, UNAM, 1996, p. 18.

26. Los tres primeros lunes de junio de 1946 son dedicados por Alfonso Méndez Plancarte a esbozar y discutir, en su cátedra popular de *El Universal*, su propuesta para trasladar versos clásicos a nuestra lengua.

lo y una manera de traducir que andando el tiempo se convirtió en escuela, la escuela de Bonifaz Nuño, cuya tarea de incorporar los clásicos grecolatinos en el espectro de las lecturas mexicanas hoy supera los cien títulos y se ha convertido en referencia obligada de una poderosa opinión, hoy vigente entre nosotros, sobre el quehacer de la traducción.

También contribuye, cómo no, a su figura de humanista el hecho de que Alfonso Méndez Plancarte fue uno de los pioneros en el rescate de nuestros poetas y de nuestra poesía. Siguiendo las vías trazadas por el maestro dominicano Pedro Enríquez Ureña, irá hurgando en nuestra historia literaria para ir trazando las diferentes tradiciones a las que se adscribe. Le sirve de acicate, como lo confesará en el primer tomo de sus *Poetas novohispanos*,<sup>27</sup> tanto los agrios comentarios de don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de la poesía hispanoamericana* como su sugerencia dejada caer por él en esa misma obra: “a los eruditos del país corresponde la tarea de entresacar de todo este fárrago lo que pueda tener algún valor relativo”. En realidad, que el sabio zamorano supo encontrar joyas literarias de valor no sólo “relativo” sino que por sí solas le valieron su vocación de gambusino, como veremos.

Una buena parte de su labor de investigador humanista tiene ese propósito y, desde luego, no sólo en el universo de lo mexicano sino en el patrimonio común del español. Su manera de proceder consistía en ir pisando con firmeza yendo casi siempre de lo general a lo particular y de lo más remoto a lo más cercano. Así lo hace en su ejemplar ensayo *San Juan de la Cruz en México*, publicado por primera vez, en 1959, por el Fondo de Cultura Económica en el número 54 de la colección Letras Mexicanas. Tras hacer una semblanza de Juan de Yepes y Álvarez, alias San Juan de la Cruz, y trazar su trayectoria como poeta espiga a manera de ensayo sus presencias “en las cuatro centurias de nuestra historia”.

27. P. 69.

## REVALORIZADOR DEL BARROCO NOVOHISPANO

Sus andanzas en pos de los poetas novohispanos y de la inmensa Sor Juana pone a Alfonso Méndez Plancarte en contacto con el barroco novohispano y sus recursos. El sabio zamorano fue, cómo no, uno de los pioneros, al lado de Alfonso Reyes y de los Alonso (Amado y Dámaso) en la revalorización del barroco literario tan vilipendiado por tamaña figura como fue la de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Ello permitió a las posteriores generaciones de estudiosos de nuestra cultura hispánica adentrarse por los horizontes mucho tiempo vedados de nuestro orbe barroco. Tenía la persuasión el humanista zamorano de que el clima cultural y aun el físico de estas tierras americanas se presta muy bien para ello: estaba convencido, en efecto, de que la exuberancia y la variedad de sus formas y perfiles sirve de cuna a una permanente tendencia mexicana a lo barroco del que, dice: mientras el barroco sólo “preside a tiempos en occidente”, nuestro orbe americano pertenece para siempre más bien al barroco que a los demás estilos.<sup>28</sup> Y pone como ejemplo nuestra arquitectura barroca de la que dice<sup>29</sup> que nuestra exuberancia barroca en poesía se ilustra más indiscutiblemente con el paralelo del barroco novohispano en la plástica, en “el estilo de Churriguera, ese Góngora que rimó poemas de piedra”. Y tras repasar los monumentos más sobresalientes de nuestro churrigueresco añade:

Pero nuestra poesía de aquel entonces no fue sino otra flor del mismo rosal. El colorismo que doró retablos y refulgió en cúpulas y aun fachadas riega en los versos su vocabulario cromático y luminoso; a las tallas inverosímiles, las columnas salomónicas y los tímpanos contorsionados, responden las metáforas complejas, los acusativos griegos y el hiperbaton serpenteante; y en lirismos de piedra y en

28. Sor Juana, *Obras completas*, tomo I, p. X

29. Sor Juana, *Obras completas*, tomo I, p. XXII



arquitecturas verbales, es una misma: la pródiga ostentación de lo decorativo, más bien que funcional o tectónico...<sup>30</sup>

Alfonso Méndez Plancarte fue, así, uno de los más fervientes admiradores del gran poeta que fue don Luis de Góngora. Ello le permitió no sólo hallar la clave hermenéutica de nuestra poesía novohispana, sino descubrir tres siglos de ellos sobre todo en sus ya referidos tres tomos de *Poetas novohispanos*. Como dice Junco:

Esta pasión gongorina favoreció una extraordinaria aportación del doctor Méndez Plancarte a nuestras letras: su descubrimiento, estudio y antología de los *Poetas Novohispanos*, que, por coincidencia llamativa, cubren con exactitud tres siglos: de 1521, toma de la ciudad de Méjico, a 1821, consumación de nuestra Independencia. Alfonso alcanzó a publicar, en tres volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario, los dos primeros siglos, en los que figura buena parte de aquella prolongadísima etapa en que imperialmente dominó el centro de Góngora —más tarde vituperado y preterido— y de la que se había hablado siempre, aun por críticos egregios, con somera información y ninguna simpatía.

Alfonso se metió a revolver y exhumar manuscritos o publicaciones sólo de referencia conocidas, leyó y revaloró todo aquello, y sacó nombres y poesías incógnitos que integran un panorama literario muy diverso del que venía rutinariamente perpetuándose por repetición. Claro está que cada quien es muy dueño de juzgar según su propio gusto y criterio; pero los datos y las obras están ahora allí, visibles y tangibles, para fundamentar el dictamen e iluminar la perspectiva.<sup>31</sup>

El propósito confesado de esa obra era, según dice él mismo en el primero de los tres volúmenes, con el fin de “atenuar una evidente laguna de nuestras letras ... ofrecer una antología histórica y estética de la poesía novohispana (1521-1821) ... un panorama en cierta medida inédito, y más exacto y cabal, de nuestros orígenes

30. Sor Juana, *Obras completas*, tomo I, p. XXIII.

31. Sor Juana, *Obras completas*, tomo I, p. X

literarios".<sup>32</sup> La tarea allí mismo vislumbrada era definida como de "síntesis y selección entre el cúmulo de monografías y publicaciones" hechas por la galería de figuras de nuestras letras novohispanas aunque, dice, "tampoco rehuye la investigación directa en fondos manuscritos, ni la personal revisión de impresos quizás nunca releídos hace más de cien años, o —en ocasiones de privilegio— apenas si aludidos como preesas bibliográficas". Más adelante, don Alfonso mostrará, en efecto, cuánto la empresa es novedosa en las letras mexicanas. Tras repasar un par de antologías que, por obvias razones, apenas si incluyen alguna poesía novohispana describe así la ímproba labor detrás de las casi ochocientas páginas de *Poetas novohispanos*:

Los textos, —que procuramos depurar de erratas seguras, explicándolo en su ocasión—, van modernizados en su ortografía, excepto en ciertas variedades morfológicas ... cuando el metro o la rima exigían su conservación. Por lo que ve a los géneros, abarcamos no sólo la lírica, mas también otros poemas menores, y episodios de los épicos, y pasajes líricos o narrativos de obras dramáticas ... Procedimos, en fin, con cierta amplitud, —no sólo piezas de mérito insigne y notorio, mas otras significativas por uno u otro capítulo—, por creer que se imponía para este período una menor exigencia estética, y —sin olvidar jamás la hermosura— un recuerdo más vivo de aquella grande advertencia: "si no se leen los versos con los ojos de la historia, cuán pocos versos habrá que sobrevivan!".<sup>33</sup>

Los frutos de la cosecha son impresionantes. Alfonso Méndez Plancarte no sólo consigue formar una hasta entonces desconocida galería de mujeres y hombres de letras novohispanos sino, lo que es más importante aún, un inapreciable ramillete de poemas. Salieron publicados tres volúmenes que juntos hacen unas ochocientas páginas. De su proyecto inicial que llegaba hasta 1821, Alfonso

32. Págs.. V y sig.

33. *Ibid.* Pp. XLIV y sig.

Méndez Plancarte sólo logró explorar los dos primeros siglos. Cierra el tercero de los volúmenes un “cuaderno de varios versos, compuestos por el P. Fray Juan de la Anunciación, fecho en Valladolid a 13 de agosto de 1718 años”: “postrera y linda sorpresa [...] interesantísimo, aunque rigurosamente inédito...”, lo llama Méndez Plancarte. La poesía de este carmelita, “risueño fraile galante”, que estudió teología en Michoacán y que compuso sus poemas en Morelia, Irapuato, Celaya, Salvatierra, Querétaro, Toluca, Oaxaca y Atlixco, complace plenamente al antologista zamorano. Admira

el exquisito esplendor colorista y musical, y la sentimental dulzura ya preromántica de sus “Minué” [...]. Su instinto y su ímpetu de rubeniano innovador de la rítmica, nos ofrecen con simetría y frecuencia nada común (aún mucho después y en España) el endecasílabo “de gaita gallega”, que él llama “de minué”, ya sólo, ya mezclado con exasílabos; ensayan un raro y fino eneasílabo (o decasílabo de hemistiquio y final agudos) [...] transfigurando su opaco fondo en cristalina levedad melodiosa; o multiplican los hallazgos, en tercetos monorrimos con mezcla de 11 y 14, o en dos diversas formas de 13, etc. Ostenta su maestría de lo tradicional castellano [...] con el sutil donaire de Góngora y quizá recordando un estribillo de Salazar y Torres. Y esa faz delicada cobra una criolla y mestiza morenez por su fino sentido popular, ya mexicanísimo, en su ranchera “Glosa para dar los días” y en la fúnebre y cómica sátira conyugal de esos “Tlaxcaltecas”.<sup>34</sup>

Place a Méndez Plancarte que este segundo siglo de poesía novohispana encuentre su broche de oro en Fray Juan de la Anunciación “tan novohispano y castizo, innovador y tradicional, profano y religioso, refinado y folklórico, madrigalista y satírico, musical y realista”. Pero aún esta segunda década es declarada inconclusa por el exigente y sabio zamorano: “todavía –dice– esta centuria, sin embargo, habrá de ahondarse al compás de un estudio apenas aquí iniciado”. Y, en una frase que denota el ímprobo trabajo reali-

34. Pp. LXII y sig.

zado, dice “añadamos algunas de las que vanamente hemos buscado, a más de tantas –igualmente ignotas– ya aludidas arriba”. La empresa, en todo caso, quedó inconclusa y no ha encontrado otro titán que se ocupe del tercero de los siglos de nuestra poesía novohispana.

#### LAS OBRAS COMPLETAS DE SOR JUANA

Esta tarea, la de elaborar un panorama “más exacto y cabal de nuestros orígenes literarios” habría de servir de ejercicio propedéutico al sabio zamorano para su empresa cumbre, la de las obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. A ello había encaminado Méndez Plancarte una buena parte de su obra: el tercero de los volúmenes de *Poetas novohispanos* salió, en efecto, publicado en 1945, como los anteriores, bajo el pie de imprenta de la Universidad Nacional Autónoma de México que, además, le había abierto sus puertas para más de una empresa y en *El Universal*, en donde Alfonso publicaba sus artículos de los lunes desde 1943 había escrito una serie de artículos sobre los estudios biográficos de varios sorjuanistas: allí brillaría con luz propia el polemista al lado del erudito y del sabio. El impresionante curriculum del zamorano decidió al Fondo de Cultura Económica a encomendarle la difícilísima tarea de editar, con ocasión del tercer centenario del nacimiento de la poetisa, ubicado entonces en 1951, sus obras completas. Alfonso Méndez Plancarte había proyectado una edición en cinco volúmenes. Sólo pudo organizar completamente los tres primeros.

El cuarto, que reuniría el “teatro profano” de la poetisa, apareció en 1957, dos años después de la muerte de Alfonso y su editor fue Alberto G. Salceda quien aceptó el encargo, a decir de él mismo, por su “entrañable amistad, siempre respetuosa y admirativa, con el iniciador de la obra, y la muy modesta y meramente material, pero constante, colaboración que le había yo prestado en ella”. El contenido del cuarto tomo ya no correspondió a lo proyectado por el editor zamorano. Si bien incluye las comedias sorjuanianas,

para completar la obra dramática del tomo anterior, y “todos los documentos personales que suscribe Sor Juana Inés, como su profesión y su testamento, aunque hasta cierto punto extraliterarios y aun acaso no siempre redactados por ella misma”. El quinto tomo habría de incluir textos de la crítica sobre Sor Juana al estilo de *Obras y fama póstuma*. El cuarto tomo decidió no incluir “los documentos notariales y forenses que aparecen suscritos” con la firma de la monja. El Fondo de Cultura Económica, por su parte, decidió no publicar el quinto tomo con el material reunido por Méndez Plancarte sobre la fama coetánea y póstuma de Sor Juana. Salceda terminaba su explicación sobre el contenido del cuarto tomo así: “en mi poder queda esta colección de opiniones para la fama de la Décima Musa, en la forma en que la dejó Méndez Plancarte, y espero que algún día Dios le conceda llegar al público en volumen separado. Como se sabe, don Francisco de la Maza quien retomaría esta empresa habría de morir también él sin haber publicado el libro en cuestión que, no obstante, revisó y publicó en 1980 Elías Trabulse bajo el pie de imprenta del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM con el nombre de *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*.”

Si entre los poetas novohispanos brilla con luz propia el singular astro que fue Sor Juana Inés de la Cruz era muy natural que quien quería hurgar en las raíces de la literatura mexicana se prendara de la Décima Musa el humanista zamorano. Al grado que aún se puede decir que Alfonso Méndez Plancarte es el más importante estudioso que hasta la fecha ha habido de la poesía sorjuaniana. En la erudita introducción que preside el primer tomo de las *Obras completas* de la poetisa, dice:

Restituida Sor Juana al veraz clima artístico de su edad, —según ambicionamos enmarcarla en el “Segundo Siglo” de nuestros Poetas Novohispanos—, ya no la vemos como la “excepción” absoluta que “salva del naufragio la total producción del siglo XVII” en la lírica de la Nueva España —como quería don Julio Jiménez Rueda—, ni cabe ponderar —con el gran Menéndez y Pelayo— que “en tal atmósfera de

pedantería y aberración literaria, tiene su aparición algo de sobrenatural” o que “en medio de tanta inanidad, surgiera de súbito, como torre en solitario campo” (Sánchez Mármol) aunque sea todavía –milagrosa en cualquier ambiente– “luna que fulge entre menores luceros”.<sup>35</sup>

Pero tras los *Poetas novohispanos* Sor Juana no es una torre en solitario campo. Es un astro en medio de una constelación y la Nueva España no es un erial de la cultura. Es en esta ardua labor de construcción o, si se quiere, de búsqueda y hallazgos, donde aparece el perfil de crítico literario de Alfonso Méndez Plancarte sobre el que regresaremos más adelante. Ya en el universo sorjuaniano, Méndez Plancarte incursionó en los más difíciles rincones de una poesía ya de por sí ardua. Uno de esos rincones es, sin duda, *El sueño*, ese poema hermético que los críticos veían de soslayo, fue recorrido por Alfonso “victoriosamente”, como diría Alfonso Junco, en su célebre semblanza del sabio zamorano pergeñada poco después de su muerte varias veces referida:

Con él se enfrentó Alfonso y lo vertió integro en prosa, o sea “lo tradujo al castellano”, como le decía yo bromeando y por hacerlo brincar. Así patentizó –como Dámaso Alonso lo había logrado con Góngora– que cada palabra del original era inteligible, y tenía su sentido literal y metafórico. Surgió a la sazón la oportunidad brindada por el Fondo de Cultura, para que Alfonso acometiera la hazaña más descomunal de su vida –hazaña que llevaba casi tres siglos de aguardar a su protagonista–: la edición crítica de las *Obras Completas* de Sor Juana, con prólogos de vasta erudición y doctrina, con notas copiosísimas que agotan toda culta curiosidad en cuanto a textos y alusiones, así como en cuanto a precedentes e imitaciones de tal cual poesía y aun verso aislado.

Alcanzó a completar tres fuertes volúmenes: el primero, de *Lírica personal*; el segundo, de *Villancicos y letras sacras*; el tercero, de *Autos y loas*, o sea de teatro, que apareció poco después de su muerte. Faltarían, según su propósito, dos tomos más: uno de teatro profano y

35. Sor Juana, *O. C.*, tomo I, p. XXVIII.

otro de trabajos en prosa de Sor Juana, cerrado con un apéndice oceánico que llamaría *Fama póstuma*, antología de todo lo importante que sobre la monja excepcional se ha escrito desde sus días hasta los nuestros. Hemos encontrado abultadísimos cartapacios con lo que Alfonso tenía ya preparado para coronar su hazaña; y confiamos en que pueda suplirse lo que falta y dar cima a la empresa, aun cuando ya no sea con aquella acuciosidad devoradora y exhaustiva que era el sello de Alfonso.<sup>36</sup>

### *El crítico literario*

Alfonso Méndez Plancarte fue uno de los artífices de nuestra actual crítica literaria. Si bien nunca fue discípulo de Menéndez Pidal, tomó como él a Menéndez y Pelayo, así en contrapunto, y escribió, reivindicándola como otrora hiciera Eguiara y Eguren, la historia vituperada, por ignorada, de nuestras letras. Para hacerlo tuvo que atenerse al rigor de escuela que le habían dado sus amplios conocimientos del latín y de la literatura clásica. Allí había aprendido el sabio zamorano su literatura. Méndez Plancarte no dejará de referirse, con sorna y rencor, a los censores de nuestro barroco y de nuestra literatura encabezados por don Marcelino. Forjado en la rigurosa filología bíblica en la Universidad Gregoriana y, como decía, en la *latinitas*, desplegó su sapiencia de crítico literario sobre todo en la ya referida magistral edición de las *Obras completas* de Sor Juana que, como hemos señalado, no logró terminar. Fue ejemplar, metodológicamente hablando, la manera como se allegó materiales, su técnica rigurosa de seleccionarlos, de depurarlos para luego dedicarse a analizarlos críticamente. En la edición de las *Obras completas* de Sor Juana, Alfonso Méndez Plancarte se revela como un brillante crítico textual. Buscar, recoger y completar, buscar entre lo inédito y lo perdido, determinar entre lo incierto y lo fugitivo, entre lo infundado y lo apócrifo.

36. "El árbol y el fruto", *Op. Cit.*

El rigor crítico de Alfonso Méndez Plancarte, sin embargo, no se reduce a ésto. A partir de la agrupación temática de la obra sorjuaniana, que explica y justifica en el primero de los tomos, hace presidir cada uno de ellos de un diligente, original y erudito estudio liminar que plantea no sólo el “estado de la cuestión” sino la importancia de la obra sorjuaniana en el concierto de la literatura hispánica que, en todos los casos, se ha convertido, andando el tiempo en el punto de partida obligatorio y referencia del saber adquirido ya sobre “la poesía novohispana del seiscientos y el clima del barroco” o sobre las marcas gongoristas de nuestra literatura, con que enmarca, por lo demás, “la vida, la obra y la personalidad de Sor Juana Inés de la Cruz”, como sucede en el primer tomo; ya sobre “la vida del villancico” tanto en la vieja como en la Nueva España, del tomo segundo: este ejemplar estudio sobre el origen, evolución, vida y fobias del villancico en las literaturas hispánicas es, todavía hoy, el estudio más consistente sobre el villancico en la literatura española, incluido el monumental estudio que Antonio Sánchez Romeraldo tituló *El villancico: estudios sobre la lírica popular en los siglos XV y XVI*,<sup>37</sup> o, en fin, sobre las formas, circunstancias y “vida” del teatro hispánico, del tomo tercero. En todo caso, el sabio editor siempre aterriza en la obra sorjuaniana y sus circunstancias.

Bien vistos, esos estudios liminares constituyen, en cada caso, pequeñas obras maestras, joyas hoy de nuestra historia literaria, que por sí solas hubieran bastado para asegurar a su autor un sitio en el pedestal de la historia, a secas. Sin embargo, el ejemplar trabajo crítico que don Alfonso lleva a cabo va aún completado por un riguroso y erudito trabajo de exégesis filológica. Es la crítica exegetica que Alfonso Reyes colocaba en umbral del peldaño más elevado de la crítica literaria cuando dice en *La crítica en la edad ateniense*: “la exegetica o ciencia de la literatura, escribe el Alfon-

37. Madrid, Gredos, 1969. Sánchez Romeraldo que conocía parte de la obra de Méndez Plancarte —cita *Poetas novohispanos*— no conocía este importante estudio.



so regiomontano, tiene un carácter eminentemente didáctico y un punto de partida escolar. Es el dominio de la filología. Es aquella crítica a quien está confiada la conservación, depuración e interpretación del tesoro literario”.<sup>38</sup> Este fino trabajo de exégesis filológica es rematado por un sorprendente sistema de notas que acompañan, paso a paso, a cada una de las composiciones y que, como dijo el académico de la lengua don Nemesio García Naranjo, “eran como engaste de joyero”.<sup>39</sup>

Alfonso Méndez Plancarte cumplió de manera ejemplar, responsable y erudita estas tareas de crítica literaria no sólo en toda la parte que pudo realizar de las *Obras completas* de la poetisa novohispana —los tres primeros tomos—, sino en sus otros tres tomos de *Poetas novohispanos*, en su *Díaz Mirón poeta y artífice*,<sup>40</sup> en sus artículos de *Ábside*, cómo no; en su más de medio millar de artículos escritos en su cátedra de *El Universal*; en sus ediciones de Nervo, Darío y Domínguez Camargo; en su edición del Códice Orozco, en su ensayo sobre León Marchante, en su estudio sobre el haikai, las décimas de santa Rosalía, su introducción a sus cuarenta odas de Horacio y, digámoslo simplemente, en cuanto escribió de literatura. Si hubiera, sin embargo, que enfrentar la muy difícil empresa de escoger uno de los escritos mendezplancartianos en que el erudito zamorano cumple su ministerio de crítico literario, con fruición y libertad, sin las necesarias barreras del límite de páginas o la pertinencia del comentario por razones de uniformidad, escogería *El sueño*,<sup>41</sup> que, entonces, no sólo es la obra cumbre de la gran poetisa mexicana, sino que se convierte en la obra maestra de su editor.<sup>42</sup>

38. *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo XIII, México, FCE, 1961, p. 354.

39. Nemesio García Naranjo, “Contestación al discurso de Alfonso Méndez Plancarte”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo XV, México, Ed. Jus, 1956, p. 237.

40. México, Antigua Librería Robredo, 1954.

41. Cito por la edición de la Biblioteca del Estudiante Universitario, México, UNAM, 1989.

42. Es opinión común entre los estudiosos de la literatura mexicana que la edición de las *Obras completas* de Sor Juana hecha por Méndez Plancarte fue ejemplar. Octavio paz,

Por una parte y en primer lugar, está la labor mendezplancartiana de crítica textual: si en alguna composición siente la necesidad de fijar el texto es en *El sueño*. Lo hace a partir tanto de sus ediciones modernas, como de sus “fuentes antiguas”. En esta fase de su tarea, al emprender la “justificación de lecciones”, tiene lugar uno de los despliegues de erudición de Méndez Plancarte: lleva en efecto, aquí, lo que en crítica textual se conoce como la *emendatio ope ingenii*, que consiste en la corrección del texto ya aceptado como auténtico, puesto que en el caso de la transmisión del texto sorjuaniano no hay códices entre sus testigos. Empero, en la crítica que Méndez Plancarte practica, dentro de la filología humanista, acude siempre al *iudicium*. El editor de la obra sorjuaniana acude, en efecto, a cosas como la concordancia gramatical confirmada por el contexto, la simple contrastación con la grafía tradicional, las exigencias métricas y, en algunos casos, hasta al sentido común.

En el caso de *El sueño*, don Alfonso acompaña su edición, además, con un amplio, sensible y erudito sistema de “notas ilustrativas” cuya función consiste en ubicar la composición sorjuaniana en sendas tradiciones literarias a que se adscribe el poema. A saber: la clásica y la española. Aunque no falten evocaciones, reconocidas por el editor, de obras americanas como *La Araucana* de Ercilla. Empero, las tradiciones que Méndez Plancarte reconoce en el poema sorjuaniano lo ponen en la línea, entre otros, de Góngora, Calderón, Quevedo, el hermetismo kircheriano y, desde luego, Ovidio, Aristóteles, Lope de Vega, Cervantes, Garcilaso, San Gregorio Magno y, claro, su Horacio.

Empero, en la edición oficial de las *Obras completas*, constreñido por la homogeneidad y el espacio, sacrifica una serie de análisis que había llevado a cabo y que publicó, bajo los auspicios de la Imprenta Universitaria, el mismo año en que apareció el primero

---

para no citar otras opiniones, reconoció en su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, (tercera edición, México, FCE, 1982, p. 365s.) su deuda al editor zamorano cuya empresa llamó “edición impar”.

de los tomos de la obra sorjuaniana. En su labor de editor, en efecto, don Alfonso mostró la misma disciplina que aconsejaba a otros: atenerse sólo a lo pertinente, huir de la paja.<sup>43</sup> En este pequeño libro, reimpresso luego como el número 108 de la “Biblioteca del Estudiante Universitario”, el estudioso sorjuaniano puede encontrar, completos, los frutos de la investigación de Méndez Plancarte: sin contar con la “traducción” que a prosa ordinaria hace del poema, reúne sendos ramilletes de “juicios”, de contemporáneos de la poetisa, y “prejuicios” de autores del siglo XIX, en pleno apogeo de lo que el zamorano llamó “la fobia antibarroca” encabezada, claro, con la agria e influyente opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo, con que, por lo demás, culmina el recorrido.

Para contrarrestar el malo sabor, Méndez Plancarte enfatiza el hecho de que el poema fue la obra predilecta de Sor Juana por la espontaneidad con que fue escrito, porque le sirvió de “válvula desahogante”, porque fruto de la libre soledad y de los vuelos de su espíritu, por su carácter, en concreto, de vuelo místico que puso de manifiesto la hondura filosófico-teológica alcanzada por la monja y, en fin, por ser una expresión de la admiración que la poetisa sentía hacia Góngora y la emulación que el gran poeta cordobés provoca en ella. Este desfile es seguido de una serie de características formales del poema una a una recogidas paciente, minuciosa y rigurosamente tras un concienzudo análisis: sus marcas latinizantes, inventario de las huellas de Góngora; las características, virtudes y defectos métricos.

Este trabajo de crítico literario es llevado a cabo por Alfonso Méndez Plancarte con igual solvencia y rigor en el resto de sus descubrimientos y rescates literarios llevados a cabo en ediciones críticas, los ensayos de *Ábside*, los artículos de *El Universal* o empresas como la de los *Poetas novohispanos* entre los que hizo destacar los villancicos de León Marchante, el “jilguerillo de Dios”, la poesía de Sandoval y Zapata, las décimas a Santa Rosalía de

43. Cfr. Henoc Valencia Morales, *Op. Cit.*, p. 8.

Juan José Arreola, y las de otros que le merecieron algún artículo. Pero fue su saber de crítico lo que le hizo, también, interesarse en el haikai, en la poesía de Díaz Mirón, Porfirio Barba Jacob, la obra de Gutiérrez Dávila y, desde luego, descubrir al excelente poeta michoacano Manuel Ponce.

Fue a fuer de crítico literario como el sabio zamorano se interesó en el modernismo. Octavio Paz, como veremos, considera este conocimiento entre los elementos que concurren a capacitar al editor de la obra sorjuaniana para tamaña empresa. De hecho, salvo Sor Juana y alguna que otra empresa, la mayor parte de las tareas editoriales que lo ocuparon se encuentra dentro del modernismo, una de las corrientes, por lo demás, en que la circunstancia en que le tocó vivir, contribuyó a forjar sus gustos literarios. El mismo sello de calidad puesto sobre la empresa sorjuaniana fue estampado en una serie de otras empresas editoriales sobre la obra literaria de una serie de poetas modernistas entre los que sobresalen Rubén Darío, Amado Nervo y Salvador Díaz Mirón, pero que también incluyen estudios y artículos sobre otros como Manuel Gutiérrez Nájera. Alfonso Junco, en su ya multicitado artículo biográfico, recapitula así esta empresa:

Tal sello ostentan las *Poesías Completas* de Rubén Darío, las *Obras Completas* de Amado Nervo –publicadas en las famosas ediciones de Aguilar–. En lo de Nervo, la prosa corre a cargo de Francisco González Guerrero, crítico enterado y exquisito que entró hace poco en nuestra Academia de la Lengua, y a quien Alfonso respondió con discurso que yo hube de leer, en emocionante sesión celebrada el 16 de febrero, ocho días después de su muerte ...

Acuciado por un certamen nacional, produjo su libro –suculento– acerca de *Díaz Mirón, poeta y artífice*, que no obtuvo mención siquiera en el certamen, cuando otros seis trabajos la recibieron. “Esta noticia –pone Alfonso en el prólogo– pláceme consignarla por su posible interés pintoresco para la historia de la crítica, de la crítica en Méjico, y para reforzar mis cordiales votos de que pronto salgan a luz esos seis libros más venturosos”. El presentó su inédito volumen –pasado ya el concurso– como ofrenda de ingreso a la Academia Mejicana de la Lengua, en enero de 1954, y destacó unas páginas que fueron leídas

por mí –boca de ganso– como discurso de recepción de Alfonso, al que contestó Nemesio García Naranjo. Poco después, el libro fue editado por Robredo. Los otros trabajos del certamen siguen inéditos hasta hoy.

#### LA PROSA ERUDITA MENDEZPLANCARTIANA

Alfonso Méndez Plancarte fue, como decía, además de un acucioso investigador, un elegante escritor tanto en español como en latín, lo mismo en prosa que en verso; excelente traductor no sólo del latín, cuya manera de traducir hizo escuela, sino de otras lenguas como el francés. No puedo terminar este somero recorrido por Alfonso Méndez Plancarte sin recoger un par, aunque sea, de botones de muestra según aquello de que “para muestra basta un botón”. Los botones que he seleccionado para muestra son un fragmentillo de la prosa erudita mendezplancartiana y otro de su poesía, siempre erudita también. Este otro tipo de obra mendezplancartiana también configura, como no, su perfil de humanista y también contribuye a nuestra cultura: ambas son, en efecto, una contribución en especie. La primera de ellas muestra gráficamente el estilo y el tono de prosa de crítico literario, el casillero más sobresaliente en que puede clasificarse su obra y su rasgo distintivo por excelencia. El otro viene de su poesía: Alfonso Méndez Plancarte fue un poeta. Gracias a su sensibilidad poética pudo llevar a cabo con pertinencia y propiedad el ministerio de la crítica literaria. Del primer tipo de la escritura mendezplancartiana recojo aquí un trozo de su estudio sobre el Hai-Kai titulado “Primor y primavera del Hai-Kai”.<sup>44</sup> De su poesía, en cambio quiero mencionar su célebre “Romance Viejo de La que ganó a Zamora en una hora” dedicado a la Inmaculada y leído el 8 de marzo de 1950 en la velada clausural de las fiestas con que la ciudad de Zamora celebró el centenario de la elección de la Inmaculada Virgen María como

44. AGN, vol. 14, 1950, exp. 4, oct.-dic., pp. 495-531.

su patrona.<sup>45</sup> Lo que sigue, pues, es un botón de muestra de la palabra del erudito y sabio zamorano que aborda el tema así:

¿Urge hablar siempre de actualidades turbias y fragorosas, sin respirar un poco de gracia y poesía sino en las eventuales ocasiones de un libro nuevo, una necrología o un centenario? No es así, al menos, como el alma “funciona”; y veces hay que un verso, o una melodía, nos acallan con su tenaz y dulce murmurio las bombas-cohetes y los “sufragios efectivos” más estruendosos. Paréntesis de gracia desinteresada y de estética inutilidad, con una alta función de integridad humana, de higiene mental, de necesario respiro.

Asomémonos, pues —nomás porque sí—, a un poco frecuentado rinconcillo de la poesía, a ese “mínimo y dulce” género poemático que es el Hai-kai: la lírica en su dosis acaso más homeopática, que —en su breve, pero colmado triunfo de hará treinta años— grabó huella profunda en nuestro verso y nuestra metáfora, y nos dejó una profusión de minúsculas joyas inoxidables, que —como toda “cosa de belleza”— son todavía “alegrías para siempre”.

El Hai-kai (o jaikái), guarda en su intraducible nombre el sello de su cuna japonesa; mas el reino del Arte encúbrase muy alto sobre las borrascas del Eje, y el paladear haikais no pudo nunca ser más “quintacolumnista” que el fiel amor a Bach o Beethoven. Y aun nada perderíamos —en leve apología, tan marginal a nuestro antojo presente—, si esto nos subrayara la fraternidad de los hombres todos en la Belleza, entre otros Valores, recordándonos que hasta ese pueblo de atroces y salvajes guerreros ha tenido en el corazón —aunque hoy tan nublada— esa dulzura de luz, ese delicado amor a la Naturaleza y ese exquisito sentido del arte que así compartimos, cual luminosas huellas dactilares de las Manos que lo plasmaron, igual que al nuestro ... El Hai-kai, recordémoslo, es una brevísima forma poemática, original y típicamente de sólo tres versos (uno de 7 sílabas entre dos de 5):

Mariposa:  
tan ligera como un pétalo  
de rosa.

45. *Ábside revista de cultura mexicana*, XIV 1-2, enero-junio de 1950, pp. 217 ss.

Una misma leve cosa  
son la gracia de una niña  
y un ala de mariposa.

Espuma, flor de la ola:  
tan leve, que en ti posarse  
no puede la mariposa.

Luna: si un manguito  
te pusieran, ¡ qué bello  
abanico!

Y si queremos, ya originales en nuestro idioma, ejemplos que conserven riguroso el primitivo esquema silábico, he aquí esta “Hiedra” de nuestro poeta leonés José Villalobos Ortiz:

Amaneciendo,  
Dios echó en su follaje  
puños de cielo,

o estos, no menos lindos, del español Juan José Domenchina :

Lluvia de estío:  
en los árboles verdes  
cuelga sus nidos.

Pájaro muerto:  
¡qué agonía de plumas  
en el silencio!...

Ya don Enrique Díez Canedo,<sup>46</sup> además, apuntó que ese esquema nipón “responde exactamente a los tres versos finales de la seguidilla española”, y aun a ciertas soleares andaluzas, que se confundirían con el haikai las raras veces que “capturan una sensación con la perfecta

46. En *Taller*, Méjico, mayo de 1939.

economía radiante de la poesía japonesa”, como esta soledad de Antonio Machado:

Junto al agua negra.  
Olor de mar y jazmines.  
Noche malagueña.

Estos versos, con todo, no son de 5 y 7 sílabas, sino de 6 y 8; y así, mas bien traeremos el remate de tal o cual entre las buriladas seguidillas de Franz Tamayó, ese extraño poeta de Bolivia, ora en su culterano y potente “scherzo”:

...Aun en los cálices  
llora el rocío, y lloran  
plorantes sálices,

(¿habrá que traducir esos latinos “sauces llorones”?), ora en su fino cromó de “Ofelia”:

...En la laguna  
flota la virgen hecha  
de nieve y luna.<sup>47</sup>

## EL POETA

La muestra mendezplancartiana de poesía consta de un preludeo, el romance viejo a la antigua y dos epílogos. El nombre de “romance” se da, entre otras cosas, a un tipo de estrofa que surge entre los siglos XIV y XV y que consta, por lo general, de una serie indefinida de versos octosílabos con rima asonante. El romance, sin embargo, puede tener otras medidas y de acuerdo con ellas recibir

47. La muestra aquí recogida, se refiere sólo a la primera parte del ensayo relativa al “primor del haikai”, la segunda está dedicada a explorar el abolengo castizo del haikai. El ensayo termina con una festiva “primavera de haikais” que hurga en los jardines de México, en España, y en Centro y Sudamérica.



otros nombres. Así, al de versos de siete sílabas se le suele llamar “endecha”; al de seis sílabas, “romancillo”; y al de once, “romance heroico”. Alfonso Méndez Plancarte fue una enciclopedia de la versificación española. En el “Romance Viejo de La que ganó a Zamora en una hora” escrito, efectivamente, en octosílabos, da muestras de su hermandad con la lengua española. Helo aquí:

*Preludio de la Cítara Enlutada*

OH la terrible urgencia de cantar,  
cuando el alma quisiera nada más sollozar  
sola y lejos, a orillas de un negro y ronco mar!

Mas la Ciudad Materna nos convoca,  
y nos mete sus júbilos en la reseca boca,  
¡y no hay sino cumplir lo que nos toca!

Quédese atrás la noche de dolor y de espanto:  
enmudezca el gemido de soledad y llanto,  
y melifique nuestra lengua el canto.

¿Y cómo no, si es para loar a la Señora  
cuya luz transfigura toda noche en aurora  
como siempre lo supo, más que nadie, Zamora?

Cantemos, ya extasiados, su tierno amor eterno  
que en clara primavera cambia el hispido invierno.  
¿No vencerá al dolor, La que vence al Infierno?

Y ya el alma sin nubes, toda limpio zafir,  
encordemos la cítara de luminoso ofir...  
¡La Gloriosa me guíe, que lo pueda cumplir!

*Romance viejo*

ZAMORA, la bien cercada,  
fuerte es, a maravilla;

que Duero la cerca al pie,  
y la Beata y la Beatilla,  
y hombres buenos siempre ha habido  
para guardarla y servirla.  
Y siempre, en sus tres centurias  
desque fundado la había  
aquel buen Virrey Mendoza,  
gozó de paz y alegría,  
bien abundada de panes  
en sus doradas espigas,  
dulce de miel y de azúcar,  
fresca de aguas manantías,  
lozana en briosos corceles,  
melodiosa de avecillas,  
sabrosa de leche y frutas,  
florida en flores y niñas,  
clara de claros varones,  
fértil en santos levitas,  
fulgurante de crepúsculos  
que el ancho Valle atavían,  
y en su vieja cristiandad  
gozosa, firme y pacífica.

Mas el año del cincuenta  
que un siglo cumple estos días,  
bajó la Mano de Dios  
sobre Zamora, esta Villa;  
y de su mal, sin gemido,  
tan sólo contar podría  
quien amase la tristeza  
y olvidase el alegría...  
Porque ya el Cólera Morbus  
de las Orientales Indias,  
que el Arcángel de la Muerte  
desencadenado había,  
aquí clavaba sus garras  
y ensangrentaba sus iras.

¡Ay, cómo te estoy mirando  
desde lejos, Ciudad mía,  
de estos cien años huidos  
por sobre la lejanía—,  
y aún te escucho de tus hijos  
plañir la cruda agonía,  
por la vida que llevaban  
y la muerte que morían!  
Quien pensó tener consuelo,  
mal tras mal le combatía;  
un mes hubo y otro mes  
que el azote proseguía,  
y vino lloro tras lloro  
sin haber descanso un día ...

El grito de estas angustias  
sobre los cielos subía:  
de los sus ojos llorando  
todos a Dios se acogían,  
y los Ministros de Dios  
—entre la muerte, la Vida—  
llevaban los Oleos Santos,  
los pecados absolvían,  
y el Viático para el viaje  
daban a los que partían...  
Muerte en todos los hogares  
y muerte en todas las vías;  
muerte a la aurora, a la noche  
muerte, y muerte al mediodía.  
¡Si hasta las aguas del Duero  
llantos largos parecían,  
y Zamora semejava  
a Troya cuando se ardía!

Por ende, los hombres buenos  
de Zamora, aquesta Villa,  
metidos en gran quebranto  
ante tal postrimería,

buscando sólo en el Cielo  
 la celeste medicina,  
 se han ayuntado a votar  
 Patrono cual convenía...  
 ¡Helos, helos cómo vienen,  
 las faces amortecidas,  
 vestidos ropas de duelo  
 los hombres de más estima! ..

Por toda la rinconada  
 suena muy gran vocería:  
 por todas las bocacalles  
 la gente apenas cabía,  
 –los de a pie y los de a caballo,  
 viejos y mozos y niñas–,  
 y sobre aleros y frondas  
 pueriles ojos se apiñan...  
 Y allí anda el buen Capitán  
 Don Juan B. Fernández, que iba  
 con el después tan bizarro  
 Coronel Gabriel Padilla,  
 guardando a los Cabildantes  
 que nuestra Ciudad regían;  
 Don Rafael Porto, al frente,  
 el de la barba bellida,  
 y en su diestra patriarcal  
 la vara de la Alcaldía.

Y en medio a los que el cordón  
 de San Francisco ceñían,  
 ¡helos también, por do llegan,  
 flores de la Clerecía,  
 el Bachiller Don Jerónimo  
 Villavicencio, –exquisita  
 prez de ciencia y de piedad–,  
 y el Cura, pastor y guía  
 de la consternada grey:  
 Don Francisco Henríquez, –fina

caridad, robusto empuje  
y prudencia y cortesía—!  
(Las torres de Catedral  
su nombre hoy mismo repican).

Este, pues, claro varón,  
—como aquél a quien cumplía,  
ya que el Cielo tal rebaño  
encomendado le había—,  
pone silencio, y a todos  
propóneles que se elija  
algún Celestial Patrono  
que Su rayo a la Divina  
Mano le haga deponer,  
y al cual, si en tanta desdicha  
nos vale, una propia Iglesia  
se le fabrique votiva...

Place a todos: pero ¿quién  
el Patrono? Hay quienes digan  
que mi Señor San José,  
o el Serafín de la Umbría,  
San Felipe de Jesús  
o Santa Rosa de Lima,  
o San Juan Nepomuceno,  
o bien, el Evangelista,  
o el gran San Martín de Tours,  
el de la capa partida  
y el lindo trotón de nieve,  
en cuyo festivo día  
fue la natal fundación  
de Zamora, aquesta Villa.

Y esotros claman por Nuestra  
Señora, Santa María,  
aunque no en Su Advocación  
o Imagen se convenían:  
¿será la de la Salud,

la del Carmen, o la Indita  
 Guadalupe, o la Raíz  
 que en Jacona florecía,  
 o bien la del Buen Suceso,  
 la Asunción, o la Purísima [...]?

Al fin se acude a las suertes,  
 rogando al Cielo se sirva  
 manifestarnos Su agrado:  
 que así, antaño, en otra rifa,  
 Dios mismo constituyó  
 Su Apóstol a San Matías;  
 y echando en urna cerrada  
 otras tantas cedulillas,  
 un cándido chiquitín  
 saca un nombre: La Purísima.

Quizá tal cédula, empero,  
 –murmúrase–, estaba arriba  
 de todas, sin revolverse;  
 ¡que la suerte se repita!  
 Vuélvese, pues, a la urna  
 la tarjeta ya extraída,  
 y –todas muy bien revueltas–  
 sale otra vez La Purísima.

Mas hay quien, dudando aún,  
 pide una tercera rifa,  
 y a tal sinrazón se accede  
 tal vez por moción divina,  
 para que aún más resplandezca  
 ser Dios quien tal suerte guía:  
 –¡Al cabo, (se dicen todos),  
 la tercera es la vencida!–.  
 Torna a agitarse la urna,  
 y la rósea manecita  
 del niño vuelve a sacar  
 aquel papel: ¡ La Purísima !...

Y ahora sí, ante una elección  
que con el portento linda,  
no hay ya sino proclamar  
Patrona a la Siempre Limpia;  
y sobre el Santo Evangelio  
el Voto se formaliza  
de que ha de labrar Zamora  
propia Iglesia a la Purísima.  
Tal, ese buen Bachiller  
Francisco Henríquez lo explica;  
y todos los Zamoranos  
hincándose han de rodillas,  
y— “¡Amén, Amén!”, dicen todos...  
(Y sonrió Santa María).

Luego, sin más dilación,  
a la torre enhiesta y fina  
que el Templo de San Francisco  
engalana y autoriza,  
de la Concepción sin Mancha  
suben la Imagen dulcísima,  
para que a Ella las miradas  
de todos, alivio pidan,  
y Ella —desde esa atalaya—  
sea el Iris que cintila  
en la tormenta, y el Faro  
que el fosco mar ilumina,  
y —precursora del Sol—  
clara Estrella Matutina...

Y así fué: que luego al punto  
muchos dolientes se alivian,  
la ampolleta de los Oleos  
pausa ya en la sacristía,  
y de los sepultureros  
amaina, al fin, la fatiga;  
que —al imperio Virginal—  
ya el Cólera se retira,

desenclavando sus garras  
sin arrebatarse más víctimas;  
y cada uno en sí tornaba,  
y con muy grande alegría:  
—“¡Aquí está el dedo de Dios  
y de Su Madre Purísima!”,  
repiten los de Zamora  
palpando la maravilla.

Y Zamora recobró  
la faz de sus viejos días  
serenos, claros, dichosos,  
en que Dios le sonreía.  
Sólo quedó por memoria  
lo que hizo Santa María,  
petrificado en Su Templo:  
el Templo de la Purísima.  
¡Y así fué cómo a Zamora  
ganó, en tal hora, la Limpia!

### Epílogo

Esta que ahora he contado,  
es la tradición castiza  
que del Cólera y el Voto  
nuestros mayores sabían.  
Mi padre, sin ir más lejos,  
—aquel varón de hidalguía  
que se llamaba Perfecto  
y a su nombre respondía—,  
lo que él a su padre oyó,  
me lo asentó con su firma;  
y aún antes, hará diez lustros,  
una su añeja poesía  
cantaba esta misma historia,  
puntual, en octava rima,



y así, a gloria de la Virgen,  
su relación concluía:

“Desde entonces, ¡oh Madre!, Tú lo sabes,  
aquí todo respira Tus amores:  
son Tuyos los arpegios de las aves  
y Tuyas son las perfumadas flores;  
las praderas Te dan sus frutos suaves,  
sus verdes esmeraldas los alcores,  
y el Duero en sus cascadas majestuosas  
el himno de sus ondas espumosas.  
Aquí, desde que nace, aprende el niño  
Tu Nombre a pronunciar con alborozo,  
y de su alma en la página de armiño  
se graba Tu recuerdo venturoso;  
un faro salvador es Tu cariño  
en el mar de la vida proceloso,  
y al tocar nuestras naves en el puerto  
recibes con amor a los que han muerto.

Por eso, al despuntar en este día  
el tenue rosicler de la alborada,  
celebramos con íntima alegría  
Tu dulce Concepción Inmaculada.  
¡ Conserva entre nosotros, Virgen pía,  
la Fe de nuestros padres heredada,  
y así, bajo Tu diestra protectora,  
próspera y libre se verá Zamora !”

Hoy, en este Cumple-Siglos  
del Voto y la Maravilla,  
Zamora acude, y diadema  
áureamente a su Purísima.  
Así es, –bajo tal Patrona–,  
Zamora la bien guarnida,  
Zamora la bien cercada,  
que fuerte es, a maravilla...  
¡ Y tal has de serlo siempre,  
y más y más, Ciudad mía,

si así tu sangre y tu casta  
de cristiandad vigorizas:  
si en la vida de tus obras  
obra el amor que es tu vida!

Y ésta es, oh flor de Zamora,  
la alegre mensajería  
que en boca de mi romance  
te manda Santa María.

## II

Mas para Ti, mi Señora,  
yo mejor laude quería  
de la que pudo ofrecerte  
mi enlutada y bronca lira;  
y pienso, además, que a mí  
tamaña honra no cumplía,  
sino a un mi hermano y señor  
que Te llevaste hace días  
a pagarle allá en el Cielo  
las amantes juglarías  
por las que él Te pidió solo  
de Tu boca una sonrisa...  
Que él, pues, Te cante, Señora,  
con más alta melodía;  
y que estas palabras tuyas  
que aquí abajo él Te escribía,  
mientras las repito yo,  
de él las oigas allá arriba:

“María, luz del cielo, fuente sellada y pura,  
flor sagrada y dilecta del jardín de Israel,  
panal que en nuestros labios transidos de amargura  
suavemente destila su recóndita miel.

Virgen humilde y alta más que toda criatura,  
Inmaculada Madre del divino Emmanuel,  
Tú eres nuestra esperanza, nuestra vida y dulzura:  
¡toda Llena de Gracia Te proclama Gabriel!

Eres del Sumo Artífice magnífico poema;  
Virgen, Esposa y Madre, cuya triple diadema  
difunde en las tinieblas su místico fulgor,

y derrama, en la noche de la humana tristeza,  
blanca lluvia de lirios, trémulos de pureza,  
roja lluvia de rosas, palpitantes de amor!"...<sup>48</sup>

## SU BIBLIOTECA

La biblioteca de los hermanos Méndez Plancarte fue a parar a Monterrey. Hoy, gracias a un esfuerzo que lo honra, forma parte de los acervos bibliográficos del Instituto Tecnológico de Monterrey. He aquí parte de lo que se dijo con ocasión de la ilustre biblioteca a esa institución:

La biblioteca ya está aquí. Será técnicamente organizada y dispuesta para usufructo de estudiosos. Me alegra y me enorgullece, como regiomontano, que ese tesoro —libertado de triste dispersión o de triste fuga al extranjero— venga a enriquecer el acervo cultural de mi tierra, a suscitar curiosidades fecundas en maestros y alumnos, a provocar sin duda viajes de otras gentes para escudriñar estas riquezas.

Era Alfonso un amante desaforado del libro. De su pobreza supo sacar a veces sumas desproporcionadas para adquirir ejemplares recónditos, que releía y palpaba y exhibía con fruición. Perpetuamente andaba con un libro bajo los ojos o bajo el brazo. El libro fue su gran refugio y su gran amigo: y el libro y él se vivificaron recíprocamente. Como todo hombre de estudio, dejó señales, notas, apuntes en las márgenes o entre las hojas de los volúmenes que manejaba: y ello recrece su valor humano. Aquí tenemos, pues, con su biblioteca, mucho del pensamiento y el corazón de su dueño.

48. *Marzo 8 de 1950*. Tomado de: Archivo General de la Nación. Vol.:14 año 1950. Expediente Núm. 1-2. Pp.:217-235. El soneto final es de Gabriel Méndez Plancarte, según advierte Alfonso en la nota conclusiva, tenía como título original "*Gratia Plena*", fue escrito en Roma, en 1927 y, dice, "puede estimarse inédito".

Que no quede en balde, señores. Que los perspicaces financieros de Monterrey no dejen este capital inerte y escondido, sino que lo pongan en circulación y trabajo para que fructifique en intereses opulentos. ¡También la cultura necesita y quiere sagaces financieros del espíritu!

## DESPEDIDA

Alfonso Méndez Plancarte fue un sabio nacido y germinado en Zamora, estas fértiles tierras, decíamos, en que todo se da. Con estas cuantas y arbitrarias pinceladas hemos querido evocar este personaje nuestro, patriarca del humanismo mexicano, sembrador de muchas de las plantas que hoy florecen en el jardín de nuestras letras. Quiero dejar su figura bosquejada con un par de pinceladas más:<sup>49</sup> la autorizada opinión de Octavio Paz, nuestro sorjuanista premio Nobel, y autor del mejor ensayo que sobre la poetisa mexicana se ha escrito, su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*,<sup>50</sup> quien, tras citar el autorizado juicio de Antonio Alatorre de que “la edición de Méndez Plancarte es verdaderamente ejemplar. Ningún poeta español de los siglos de oro ha recibido un homenaje semejante”, dice:

49. La citada tesis de licenciatura de Henoc Valencia Morales, *Alfonso Méndez Plancarte. Investigación, Crítica y Creación Literarias, Op. Cit.*, p. 4, recoge un racimo de testimonios que delinean la imagen de don Alfonso que aún conservan quienes lo conocieron de los que entresaco el siguiente párrafo:

No tiene nada de extraño su afición por la lectura, pero sí sorprendió a muchos su pasión por ella. Mientras don Alfonso Noriega evoca “su figura, ligeramente encorvada, siempre con un libro debajo del brazo”, un zamorano recuerda “cuántas veces lo contemplaron los ojos por la calzada de Jacona devorando libros”. Claro que no leía sólo en la calle, ni sólo en ella exhibía su afición. En su recámara, “que es al mismo tiempo su cuarto de estudio y la editorial de *Ábside*, las cuatro paredes rebosan de libros”. Más aún, “toda la casa no es más que estantería. En la sala hay libros, y también un sofá. En el comedor se lee y también se come”. “Leía despiadadamente, sin descanso, como si advirtiera su tránsito temprano”...

50. Tercera edición, México, FCE, 1982, p. 365s.

poco se puede añadir a este juicio. Por mi parte, diré que sin las versiones depuradas de los textos que nos ha dado Méndez Plancarte, sin sus notas a un tiempo eruditas e inteligentes, sin su saber y su sensibilidad, yo no habría podido escribir estas páginas. Llevó a cabo su admirable tarea gracias a su dedicación pero también al concurso de diversas cualidades conjugadas en su persona: la primera, su profundo y extenso conocimiento de la poesía de lengua castellana, especialmente en dos momentos de gran riqueza, el XVII y el modernismo hispanoamericano; la segunda, su curiosidad –pasión y paciencia– que lo llevó a penetrar en un territorio apenas explorado, sobre todo en su fase final: la poesía novohispana (1521-1721); la tercera, su saber en materia de versificación y de métrica, no inferior al de un Tomás Navarro Tomás o, entre los vivos, al de un Antonio Alatorre; la cuarta, su familiaridad con una de las fuentes de nuestra poesía en los siglos de oro: los poetas latinos, especialmente Horacio, del que tradujo cuarenta odas; la quinta, que fue la principal y el motor de las otras, su amor a la poesía. Un amor inteligente, servido por una erudición segura y un gusto casi siempre certero.<sup>51</sup>

La otra, la pincelada final de este ensayo, la da don Ángel María Garibay, otro sabio humanista mexicano y sucesor de Alfonso Méndez Plancarte en su cátedra periodística de *El Universal*, desde ella el 21 de febrero de 1955. Y *El Universal*, el periódico en que tan brillantemente colaboró don Alfonso de 1943 hasta el día de su muerte en febrero de 1955, describe el funeral del sabio zamorano en un artículo aparecido el jueves 10 de febrero de ese año que comienza con este epígrafe: “sacerdote, escritor, crítico, colaborador de *El Universal*, eminente en todo.” “Cuando se escri-

51. A cambio de párrafo, sin embargo, Paz señalará como defectos que afectaron la labor crítica de Méndez Plancarte su “pasión doctrinaria”, “sus odios” idénticos a los Menéndez Pelayo, “campeón de Góngora y de la Iglesia militante”, el fungir como “guardián de la ortodoxia y la moral”, el haber sido ofuscado por un “celo” que “lo llevó a mentiras pueriles”, el haber trabajado con un “método que combina la omisión del hecho demasiado humano con el aderezo de incidente píos y con frecuencia imaginarios”. El resultado, dice Paz, “fue una sor Juana ñoña: incienso, agua bendita, ramos de azahar y, debajo el catre, uno o dos cilicios”. *Op. Cit.*, pp. 366s.

ba la verdadera historia de las letras mexicanas, de necesidad se ha de tener que ir a los escritos y a los apuntes inéditos amplios y bien documentados del doctor Méndez Plancarte”, escribía don Angel María Garibay en la sección editorial de *El Universal* del lunes 21 de febrero de 1955 en un artículo titulado “Relevo de Guardias” para explicar al lector de ese periódico por qué en vez del nombre de Alfonso Méndez Plancarte estaba el suyo:

Hoy, dice don Angel María Garibay, el lector avezado a la lectura deleitosa y sabia de esta columna ha buscado un nombre y ha encontrado otro ... menos luminoso ... pero con los mismos anhelos y con los mismos bríos a pesar de la diferencia de los años. Alfonso se ha marchado. Deja la tarea a medias. Antes de intentar reanudarla, hablaré una palabra del obrero que reposa. Alfonso, prócer hasta en el nombre, nombre de reyes y nombre de sabios, fué uno de los escasos dones que se conceden a los pueblos. Sería en vano encarecer su sabiduría y su admirable erudición, ante los que lunes, tras lunes, le bebían sus algaradas mieles en esta columna.

Se va pero deja una obra que no puede caer en el olvido. Sus leves cuarenta años -“al medio del camino de la vida”- son trofeos de mies inagotable. Para la cultura de México, la auténtica y la perdurable son una nota que sacó a la luz para que todos la gozaran. En primer lugar, un tratado de métrica de que apenas dió sorbos a gustar a otros. Queda en sus papeles ... Era una obra definitiva. La más completa que se ha escrito en nuestra lengua. La lindera de su comprensión del ritmo en su alma, tenía algo extraordinario y supo captar en este libro todos los rumores de la infinita poesía castellana y aún lanzarse al futuro de sus posibilidades.

Los Manuales de la Historia de la Literatura Mexicana, deficiente como todo Manual, no sabían de la existencia de una poesía mexicana en los “tres siglos negros” de la demagogia antihispana. A poco se limitan por mas que se repiten sus ediciones, unas para el comercio que merma la cultura. Citar a Ruiz de Alarcón, hablar dos o tres trivialidades de Sor Juana y encontrar toda la producción de nuestra Nueva España en el silencio y en la sombra era la magna empresa...

Alfonso Méndez Plancarte sufrió con esa su risa que se bañaba de luz irisada de furia; se perdió por los archivos y bibliotecas, copio y

analizó, y parte de su cosecha fueron los ... poetas novohispanos, que la Biblioteca del Estudiante Universitario dió en primicias, pero que, como tenía que ser, no eran sino atisbos de una realidad que no acabó él de proponer en su amplia y riquísima adquisición. Fue el descubridor de toda nuestra literatura de la etapa hispánica. ¡Quién sabe si haya quien diga que inventó los documentos desconocidos de los que debían conocerlos, como de un colega de estudios, llegó a decirse en otra zona de la investigación literaria...!

Con espíritu verdaderamente humorístico, no sé encerró en el barroquismo de nuestros siglos dorados. Tuvo ojos para lo moderno, como tuvo corazón para lo antiguo. Sus "odas de Horacio", en que hace el esfuerzo de calcar el ritmo horaciano y logró lo poco que en este indomable campo puede lograrse, son prueba de que para él existía el ayer remoto, en que bebemos la leche de la loba. Pero su estudio sobre Díaz Mirón, poeta del ayer cercano, es la prueba de su sentido informal, libre de todas las trabas del tiempo.

Alfonso Méndez Plancarte, en efecto, dejó inéditas una serie de obras entre las que se puede recordar aquí los dos tomos faltantes a sus *Obras completas* de Sor Juana; el tercer siglo de *Poetas novohispanos* sobre el cual dejó, a decir de Alfonso Junco, "un robusto cartapacio"; una *Teoría general del ritmo en el verso castellano* que don Alfonso estaba a punto de terminar, según testimonio, otra vez de Alfonso Junco, y que todavía se echa de menos;<sup>52</sup> una *Métrica hispano-latinizante*; su *Tratado de métrica*; una *Vida del padre Antonio Plancarte y Labastida* de la que dejó también un grueso legajo; y, en fin, las *Obras Completas* de Salvador Díaz Mirón.

52. Cfr. Tarsicio Herrera Zapién escribe su libro *La métrica latinizante* (México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 1975, p. 9) con el propósito de recorrer "el terreno casi virgen" que desbrozaba al morir Alfonso Méndez Plancarte a quien reconoce como maestro, guía y señor y de quien, a confesión propia, toma las sugerencias "y las desarrolla *in extenso*, rectificándolas a veces en el sentido en que probablemente iba a hacerlo Plancarte mismo".

Cuando aquel 8 de febrero de 1955 moría en la ciudad de México Alfonso Méndez Plancarte los más connotados humanistas tanto del continente como allende el mar lo lloraron como “un espíritu superior por su cultura polifacética y por la fecundidad de su vida interior”, como un cultísimo “humanista a la manera de los viejos clásicos de Grecia y Roma”, como al hombre de espíritu continental que fue. Como a tal lo evocamos en este ensayo escrito y publicado aquí en Zamora, su tierra natal, como un modesto homenaje.

Jacona, junto al Canal de la Esperanza, septiembre de 1998.